

13 de diciembre

Hoy cumplí 38 días sin llorar.

Tomé la decisión de guardar los Kleenex cuando me di cuenta de que había dejado de ser una chava de dieciocho años, recién graduada de la prepa, y me había convertido en un objeto inútil, algo así como un zapato para estar en casa, una pantufla. No entendía o no le ponía atención a lo que decían en las noticias, creo que ni siquiera sabía el nombre y número del día del mes en el que vivía. Daba más vergüenza porque tampoco era una pantunfla floja y elegante; no, sino más bien una de esas de peluche rosa o un Croc verde. Así que un día decidí que ya no quería seguir siendo pantunfla o un Croc verde.

Hice tanto al principio, arreglé todo lo de mi papá.

Todo.

Y luego ya no quería hacer nada.

A pesar de los esfuerzos de Marce y de mis otras amigas por animarme, la situación se volvió tan grave que en los días muy malos hasta perdí el apetito. ¡Yo! Eso jamás había sucedido, ni cuando me dio apendicitis.

Luego, yo era mis ojos y mis ojos eran agua. Lloraba hasta cuando no lloraba. Sólo eso hacía. No sólo no me

movía gran cosa; tampoco podía —o más bien no me apetecía mucho— hablar. ¿Qué quedaba por decir?

Nada importante.

Pero por alguna extraña razón, hoy por fin, allí arriba, todas esas palabras que habían desaparecido las empecé a recuperar. Tal vez se fueron flotando como globos de helio hacia la estratósfera porque ya no les gustaba la realidad de aquí abajo. Pero volvieron a mí y yo estaba preparada con este cuaderno en la mochila para recibirlas todas.

No recuerdo gran cosa del aeropuerto. Después de despedirme de Marce y Ale, me sentía tan nerviosa que lo único que quería era subirme al avión y despegar; pero, ya en el aire, levanté la cortinita y descubrí un cielo azul enorme, con nubes blancas y esponjositas como deliciosos merengues, y me puse muy feliz. Me sentí libre de todo. Muy lejos de todo.

Vi *Desayuno en Tiffany's* en mi compu y mientras Holly Golightly lloraba por Paul sentada allí solita en un taxi, me acordé de lo bien que se siente no querer llorar. Ni necesitar llorar. Que no se asomara ni una lagrimita de empatía cuando Paul le avienta a Holly el anillo de compromiso y le rompe el corazón o ella se lo rompe a Paul o los dos se destruyen mutuamente con sus palabras nucleares. Qué alivio saber que las cosas tristes ahora sólo me provocan un jalón en el pecho y dejar de sonreír durante un tiempo, pero nada de expulsar agua salada por los ojos.

Nada. *Nothing. Nichts y nein. Zilch. Niente. Cero. Ni una gotita. Ya no.*

Cuando pasaban los créditos de la película, me quité los audífonos; la señora me esperaba pacientemente para

darme las dos opciones del menú: pollo o pasta. Obvio, la pasta.

En el asiento del pasillo estaba sentado un señor que volteaba hacia mí y me sonreía. Tenía la edad de papá. Pienso que ahora que murió, mi papá siempre tendrá esa cara pachoncita y esa edad. El señor era gringo, se le notaba a la legua porque llevaba unos pantalones *kakhi*, una camisa de lino azul claro, mocasines color café y una sonrisa amable que aunque quisiera hacerse el malo, nadie se lo creería. La cara amable es por lo redonda y rosita y los ojos chiquititos con destellos de alegría. Tenía una sonrisa cálida; aunque quisiera hacerse el malo, nadie le creería. Se le veía a la legua que era un tipo feliz. Creo que la gente feliz suele ser más buena onda. Yo llevo casi medio año siendo malvada. Una pantufla malvada. Sería un buen tema para una película de terror. Japonesa.

Me acomodé los audífonos de nuevo, aunque ya no había nada que ver ni escuchar, y me comí la pasta en silencio. Pero el señor de la cara amable quería platicar. Le vi la intención y me coloqué los audífonos en el cuello, como bufanda, aunque es medio difícil comer así porque no se puede mover mucho el cuello y menos la mandíbula. El señor captó la indirecta y me preguntó si Nueva York era mi última parada, o sea, si me iba a quedar allí. Le dije que sí, que era mexicana y que venía de paseo, con el pretexto de ver universidades, que es lo que decidí decirle a todo el mundo. Soy una gran mentirosa.

—¿Y es tu primera vez?

Asentí y eso lo emocionó muchísimo.

—Te haré una lista de todo lo que debes ver —me dijo.

Me preguntó cuántos años tenía y, cuando le dije dieciocho, me respondió que era de la misma edad que su hija mayor.

En ese momento el señor tenía ya un iPad en la mano; lo había sacado de su portafolio. Me enseñó su foto familiar.

—La que tiene tu edad es ella; está terminando el primer semestre de la universidad.

La señaló. Era bonita, bonita tipo porrista. De sus siete hijos, tres se parecían a él y tres a su esposa. Se lo hice notar y estuvo de acuerdo conmigo. Me dijo que los que se parecían a él eran más amigos entre ellos, y los tres que se parecían a la mamá también se llevaban mejor entre sí. La más chiquita no se parecía a nadie; fue mi réplica mientras hacía más grande la imagen. El señor se rio con ganas al ver de nuevo a la chica pelirroja de cara traviesa. Dijo que era tremenda. Chistosa y muy traviesa.

—*She's a naughty girl* —me dijo, como si él fuera Santa Claus.

Se notaba a la legua que ella era su consentida. Nada más de verlos en la foto, me pareció que también sería mi consentida. Los niños con caras amables y sucias me caen mejor que los niños guapos y bien peinados. Pero eso siempre me pasa: la belleza me provoca repulsión. Mi madre era guapísima —de hecho, lo sigue siendo—, y su belleza enamoró a mi papá, que era un tipo genial. Pero no importó gran cosa que ella fuera tan guapa cuando su esposo murió en un accidente a los cincuenta años, y ahora mamá es tan infeliz como Holly en la película. O como la persona que se cree la más fea del mundo. A la hora de la verdad, eso no cuenta para nada.

Ni siquiera se puede aspirar a mantener la belleza muchos años. Es sólo para un rato. Y que dos personas guapas se casen tampoco garantiza que tengan hijos guapos (prueba de ello somos Santi y yo). Es como tener un coche increíble que sólo puedes manejar si eres listo. Holly Golightly no sabe manejar ese coche; por eso sufre y va a Tiffany's en las madrugadas, cruda, después de la fiesta, con su café en la mano, para sentirse reconfortada. Las joyas, como los momentos que ya se fueron, son frías, intocables, vistosas pero encerradas en una vitrina, perfectas cuando el sol pega durante las primeras horas del día.

¡Ahora resulté poeta de Tiffany's!

El señor amable me habló acerca de su trabajo durante un buen rato.

La, la, la, bla, bla, bla.

Decía algo acerca de las ovejas y las vacas y los pollitos mexicanos. Yo le sonreía mientras pensaba que me hallaba a bordo de un aparato pesadísimo a treinta y cinco mil pies de la Tierra, y que eso no era algo natural, y que iba sola a una ciudad que no conocía y donde tampoco conocía a nadie y que, si me pasaba algo allá, nadie sabría cómo ayudarme o encontrarme. Pero eso también me convertía en alguien completamente libre, y de nuevo me sentí muy bien.

Yo sólo asentía cuando el señor me hablaba acerca de lo importante que era ir a la Estatua de la Libertad y a la Isla Ellis cuando visitas Nueva York por primera vez y realmente quieres entender el lugar. Por allí habían entrado a América sus abuelos, que viajaban en barco desde Italia. Llegaron muy pobres y los Estados Unidos les dieron una vida buena.

—¿Conoces la inscripción de la placa de la Estatua de la Libertad?

Le dije que no, aunque creía haber escuchado algo en una película. Él respondió, muy dramático:

—Cuando leas la inscripción, te vas a acordar de mí y vas a llorar.

Pero apuesto a que no voy a llorar, porque ya no lloro y además porque yo soy mexicana y el sueño americano no me conmueve. Yo sólo le sonreí y asentí.

El señor de cara amable me contó que creció en Brooklyn, un clásico barrio italiano.

—Tienes que ir a Brooklyn: te va a encantar. Para llegar allí tendrás que cruzar el puente. Hazlo a pie; es una experiencia inolvidable.

Me explicó que él ya no podía vivir allí porque es un sitio muy caro, y me habló de precios de casas (la, la, bla, bla), y de que sus hijos crecieron en New Jersey, y que está bien New Jersey, pero no es como crecer en Brooklyn.

Era muy bueno el señor de cara amable. Me preguntó si tenía dónde apuntar, pues quería dictarme una lista de lugares importantes en Nueva York. Saqué mi cuaderno nuevo de la mochila y empezó con las sugerencias; la mayoría eran restaurantes italianos.

Para comer *cannoli* tienes que ir a Michael's. Para comer italiano *fancy* tienes que ir a Il Mulino. La, bla.

Me preguntó si conocía gente en Nueva York y le respondí lo que tenía ensayado: que sí, que llevaba algunos números de teléfono. Amigos de mis papás.

Le expliqué que mi papá había estudiado en Nueva York en los ochenta. No le dije nada de él. Me daba miedo

pronunciar ciertas palabras como “accidente”, “coche” o “funeral”, acabar con mi récord y ponerme a llorar allí, en el aire tan limpio de todo.

—Ha cambiado mucho. Es un lugar más seguro gracias a todo lo que hizo Giuliani.

Me le quedé mirando como si me estuviera hablando en chino.

—Giuliani, el ex alcalde.

Blablablá.

Luego me pidió prestado el cuaderno y se fue a la última hoja.

—Yo soy Eric y mi esposa se llama Lucy. Bueno, Lucille. Si necesitas algo, si te sientes sola, te recibimos. Somos muchos y, como decía mi padre: “Qué más da una boca más”.

Le di las gracias.

—Creo que te llevarías bien con Sabrina —me dijo, señalando a la pequeña pelirroja de la foto.

Mientras veía cómo escribía en mi cuaderno, imaginaba su casa llena, el ruido constante y las risas. Al ver su nombre escrito me dieron ganas de llorar. Su nombre de señor amable con su esposa guapa y no tan amable, que seguro abraza mucho a sus hijos y sabe cómo ser adulto y protegerlos.

Me sentí muy chiquita y quise que Eric y Lucille me adoptaran. Aunque viviera en New Jersey y tuviera que compartir habitación con la porrista.

Luego decidí que no. NADA. Feliz, feliz, feliz, feliz. Aventura. Cuarto de hotel para mí solita por primera vez, en la ciudad de Holden Caulfield y Holly Golightly, y de casi todas las películas del tío loco Mookie y de las mejo-

res escenas de *Cuando Harry conoció a Sally*, de *A él no le gustas tanto*, de los episodios de *Girls* y del final feliz de todas las comedias románticas que más me gustan y de todas las canciones de felicidad y triunfo. La ciudad que aparece en casi todas las letras de canciones de hip-hop y las mejores bandas de rock.

Cada esquina de mi cuarto y la pequeña biblioteca y filмотeca que tengo en iTunes, todo apunta a Nueva York. Y en ese momento el avión también apuntaba hacia allá, al aeropuerto John F. Kennedy.

Mientras el avión se dirigía a la pista de aterrizaje, Eric y yo miramos juntos por la ventanilla. Él me señaló los puentes y el río Hudson y la Estatua. Por primera vez vi el horizonte y esos edificios tan altos que conozco de fotos y libros y películas y videos de YouTube. Allí estaba. No era un invento. Sí existe.

¡Aaaahh!

De pronto hubo un poco de turbulencia y me tensé, pero mi vecino de asiento me miró y con su voz de papá me dijo que todo estaba bien, que todo iba a estar muy bien. Ahora le creo.

“Damas y caballeros: el piloto y la tripulación les damos la más cordial bienvenida a los Estados Unidos y a nuestro puerto de desembarque. Les pedimos que por favor permanezcan en sus asientos hasta que el avión se haya detenido completamente. Esperamos que hayan disfrutado el vuelo y que vuelvan a elegir nuestra aerolínea”.

—*Welcome to New York, young lady*— me dijo el señor de cara amable mientras chocábamos las palmas y luego se rio como si acabara de decir la cosa más chistosa del mundo.

Luego, en cuanto abrieron las puertas del avión, salió disparado pensando que pronto estaría en su casa calientita, con sus siete hijos, su esposa guapa y su perro. Y yo imaginé cómo le darían todos una bienvenida de héroe recién llegado de México, tierra salvaje y peligrosa, y él los abrazaría y los llamaría para entregarles sus regalos.

¡Suertudos esos siete!

Al bajar del avión, seguí a los demás mexicanos hacia la fila de extranjeros en la aduana. Había salido de México dos veces antes, pero mi papá era quien nos guiaba y se encargaba de todos los papeles; él era quien hablaba. Ahora me tocaba a mí. Me emocionaba y me daba terror.

Pasaban mil cosas por mi cabeza: ¿y si Marce me había delatado? ¿Si había sentido remordimiento y le había confesado a Santi que no iría con ella a Valle de Bravo a pasar la Navidad? ¿Y si mamá, después, había alertado a la policía? ¿Si Santi se había dado cuenta y por preocupación y *nerd* había rajado? ¿Me estaría esperando el FBI? ¿Me señalarían y dirían: “¡Allí está la prófuga!”?

Luego concluí que eso era casi imposible. Mi mamá estaba —y seguiría estando durante mucho tiempo— en su universo paralelo de terapias y clases de meditación con su gurú. Y luego pensé en mi hermano. Santi seguiría concentrado pensando en Chewbacca y Han Solo y en las espadas láser que estaba construyendo con sus amigos para llegar con ellas al estreno del nuevo viejo capítulo de *Star Wars* en el cine.

Cuando llegó mi turno vi que la señorita, perdón, la oficial de aduanas se llamaba Rosa Morales. Le sonreí con

alivio, como si me hubiera encontrado con alguien de mi familia en una cueva llena de donas y café con leche en un desierto africano; sin embargo, ella no me habló en español. Me decía “miss” y me preguntaba millones de cosas. Yo me puse roja y nerviosa; me temblaba la mano cuando le entregué la reservación del hotel. Pensé en sacar mi cuaderno con el teléfono y la dirección del señor amable del avión; no sabía bien qué hacer.

—¿Estás de vacaciones de la escuela?

—Ya terminé la prepa y no he entrado a la universidad todavía. Me tomé el semestre para viajar.

—¿Y tienes familia o amigos aquí?

—Amigos míos y de mis papás. Mi papá estudió aquí cuando era joven.

Luego, como si hubiera decidido hacerme un favor y ser buena onda, así porque sí, me miró con una gran sonrisa y me pidió que me parara frente a la cámara. Me tomó una foto, las huellas de todos mis dedos y selló mi pasaporte.

Mentirosa, mentirosa, mentirosa.

—Feliz Navidad —me dijo en perfecto español.

De pronto estaba oficialmente en otro país. Y yo solita había llegado allí.

Afuera del aeropuerto todo cambió. El frío chocó contra mi cara, contra mi cuerpo entero, y el primer impacto fue delicioso. Me sorprendió hasta que me empezó a dar mucho miedo.

El frío te puede matar.

Un edificio de señora me explicó adónde tenía que ir a pagar el taxi y esperarlo. Mientras esperaba, las manos se me pusieron moradas a una velocidad increíble. Les soplabla y estiraba las mangas de mi suéter para cubrirme los dedos, al tiempo que cerraba las entradas de aire, pero nada funcionaba.

Casi me quedo manca.

Por fin llegó el taxista y me ayudó a subir mi maleta a la cajuela. Mi maleta rosa de Hello Kitty. Marce me dijo que estaba bien usar una maleta así, que podía fingir que era mi maleta *hipster*, o sea, que me gustaba de manera irónica. Pero al ver a Kitty en la cajuela no me sentí nada *hipster* ni *cool*. La verdad es que la amo, me reconforta y me recuerda que todavía no soy realmente grande ni cínica.

Adentro del taxi me senté sobre mis manos después de entregarle al chofer mi recibo de pago.

—¿Adónde? —me preguntó.

—A la Calle 33 y Madison.

Una vez que mis manos volvieron a la normalidad, me dediqué a subir y bajar la ventanilla. Calor-frío, calor-frío. Calofrío. Es-ca-lo-frí-o. ¡Ya entendí!

—*Miss, can you please stop doing that?*

Dejé la ventanilla en paz y me quedé observando a la gente en la calle. Era de noche, las personas caminaban con abrigos y bufandas, y yo era parte de ellas. Yo.

Me sentí muy valiente de pronto y saludé a mi papá desde su tierra prometida. Tu ciudad, papá. Tu ciudad favorita de todas.